

065. Llamados

Todos los hijos de la Iglesia estamos convencidos de que cada uno de nosotros ha venido al mundo con una misión, un encargo, una vocación que cumplir ante Dios. No pensemos que esto sea privativo de los grandes hombres y mujeres que nos deslumbran con sus hechos. La persona más humilde tiene señalado por Dios un puesto en el que se va a hacer grande a los ojos divinos y ante la sociedad. Lo importante es saber llenar ese puesto al que nos ha destinado la Providencia que cuida amorosamente de todos.

Como un ejemplo o comparación, vamos a mirar la vida de dos artistas.

La primera tiene cualidades extraordinarias para el escenario o la pantalla. Dios se las ha dado para causar alegría en el mundo, para embellecer la vida, para transmitir un mensaje de amor. Esa artista, aprovechando sus dotes naturales, su hermosura, su inventiva, su simpatía y su cariño, ¿cuánta felicidad no comunica a todos?... Vino al mundo con una misión de amor y a todos nos ha enriquecido. Al fin de su vida se ha ido al Cielo después de realizar una fina obra de arte consigo misma.

Volvemos la medalla al revés. Esa otra artista se va a probar fortuna en Hollywood y se convierte en una estrella de primera magnitud. Pero sus actuaciones en la pantalla rebasan todos los límites de la moral, y, por si eso fuera poco, su vida rota con tanto amor profanado influye perniciosamente sobre la masa y tiene después, por desgracia, demasiados imitadores. Posiblemente se lleva un Óscar, o dos o tres..., pero ante Dios se encontrará descalificada del todo. Sencillamente, ha fracasado en su vocación.

Aquí vemos cómo ante la vocación propia se pueden tomar muchas actitudes. Cumplida fielmente, se hace mucho bien; desaprovechada, se puede causar mucho mal. Y no hay ninguno de nosotros que no tenga su vocación propia, singular, que le define, determina y le condiciona de por vida.

La vocación propia ha sido considerada siempre en la Iglesia como una gracia, como un favor, como un mimo de Dios. Valoradas nuestras fuerzas y cualidades, Dios en su Providencia señala a cada uno un puesto en el que se va a realizar a sí mismo, va a hacer mucho bien a los demás, va a glorificar grandemente a Dios y va a alcanzar la vida eterna.

En este sentido, ¿cuántas clases de vocación existen?... Podríamos decir que tantas como personas. Pero, ya se ve, que la vocación tiene unos denominadores comunes a los cuales nos podemos atener para nuestra reflexión cristiana.

Podemos mirar, ante todo, la vocación HUMANA, común a todos los hombres y mujeres. Como decía el Papa Pablo VI, *“en los designios de Dios cada hombre está llamado a desarrollarse, ya que toda vida es una vocación”* (Populorum Progressio). Toda persona está llamada a ser esto: un hombre, una mujer. Y así como tiene derecho a poseer de parte de la sociedad todo lo necesario para realizarse como hombre o como mujer, tiene también la obligación de esforzarse él o ella para conseguir este fin de su vocación: ser todo un hombre o toda una mujer. Es el caso del filósofo griego Sócrates, pagano, pero que ha sido calificado como el mayor de los hombres.

Dentro de la vocación humana, está la vocación PROFESIONAL. Aquí no la entendemos en un sentido demasiado técnico, sino amplio, y abarca cualquier opción personal en el servicio de los otros: lo mismo la científica, política o cultural, que el ser

un agricultor, un artesano o un ama de casa. ¡Y hay que ver el bien que cada uno hace en su puesto, cuando su profesión u oficio lo desempeña con verdadera competencia!...

Sobre esta vocación humana y social, está la vocación CRISTIANA, que supera todo lo que el hombre puede alcanzar con sus propias fuerzas y es don gratuito de Dios, el cual quiere que todos los hombres nos salvemos y lleguemos por Jesucristo a la posesión de la vida divina.

Nos convoca en su Iglesia, en la que entramos por el Bautismo, y en la que nos hacemos partícipes de todos los bienes de la Redención, hasta alcanzar la felicidad eterna. En la Iglesia participamos del Cuerpo de Cristo.

En la Iglesia santificamos nuestro amor. En la Iglesia trabajamos por comunicar a todos los bienes de la salvación. La vocación a la vida cristiana es el don más excelso que hemos recibido de Dios.

Una joven estupenda de nuestro grupo lo entendió de esta manera, cuando nos decía con su simpatía arrolladora: *-Me casaré, porque creo que ésta es mi vocación. Pero mi hogar será todo de Cristo.*

O como aquel enfermo, al que visitábamos con el cariño que es de suponer, y que nos decía: *-¿Yo?... Ya ven para qué valgo, para no hacer nada. Pero creo que sé cumplir bien con mi oficio: estar con Jesús clavado en la cruz, y ayudarle así a Él a salvar al mundo.*

Finalmente, dentro de la vocación cristiana está la CONSAGRADA en el sacerdocio o la vida religiosa. Es la de aquellos y aquellas que Dios se escoge como testimonio supremo ante el mundo de los valores eternos sobre todos los bienes de la tierra. Es un darse a Cristo y a la Iglesia en exclusiva, llevando la entrega personal a la radicalidad más absoluta. No busquemos lógica en esta vocación. El hombre no se la explica. Porque no tiene otra razón de ser que Jesucristo amado intensamente. Es todo cosa de Dios, que llama, y del hombre que responde al Absoluto con generosidad y gracia humanamente inexplicables.

La vocación —tanto humana como social o cristiana—, viene en definitiva de Dios. Nosotros la miramos como una estrella que nos guía hasta Dios por Jesucristo. Él nos ha reservado en el mundo y en la Iglesia un puesto preparado con amor. Como la artista del cuento, en nuestra propia vocación queremos hacer una obra verdadera de arte. ¡Y qué aplauso que nos podremos llevar cuando Jesucristo la exponga el último día a la faz de todo el mundo!...